

AL CRUZAR EL UMBRAL: EL AMOR COMO PERSPECTIVA PRINCIPAL

Plantear las cuestiones vitales, que afectan al sentido de la vida, desde los fundamentos antropológicos comunes a todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias o convicciones, es una perspectiva cada vez más necesaria. Aunque solo fuera por el fenómeno de la globalización, que acerca culturas y credos muy dispares, y nos fuerza a trabajar y a convivir con personas que piensan diferente a nosotros.

Pero, por muy distintos que seamos, por diferentes que sean las experiencias que hayamos vivido o las carencias de nuestra vida, hay perspectivas y anhelos que tenemos en común todos los seres humanos de buena voluntad. Compartimos una dignidad inviolable que, en caso de ser pisoteada en nosotros o en los demás, clama por su derecho a ser respetada y, aunque no sepamos por qué, en el fondo de nuestro ser poseemos la capacidad de reconocer lo que es verdad y a aceptarla como tal. Es más, por aquello de que el Creador escribe derecho sobre renglones torcidos, en ocasiones, se valoran más aquellas cosas que no hemos tenido –por ejemplo, un hogar amoroso y una familia bien estructurada–, porque, aún sin ser muy conscientes, las hemos echado mucho de menos en el corazón, lo que demuestra que hay en nuestro interior algo más profundo incluso aún que los claroscuros de nuestra propia experiencia.

En esta convicción y confianza se apoya el presente libro que explora lo que cada uno somos como personas, con una dignidad inviolable y que, naciendo con gran tarea por delante, solo alcanzamos la plenitud cuando aprendemos a hacer de nosotros un don para otros. Somos, además, varones o mujeres, y esa condición, no fácil de explicar, configura en cierto modo el modo de amar que tenemos y que ofrecemos. La identidad masculina y femenina y sus circunstancias han sido poco exploradas, hasta ahora, en los tratados de antropología, pues siempre se han dado por supuestas y, por diversas razones, hoy comienzan a ser una “evidencia olvidada”, que interesa poner sobre el tapete del quehacer intelectual.

Este libro trata de lo básico para entender a la persona humana, varón y mujer, y para comprender el amor. Dos realidades profundamente entrelazadas, pues solo el amor da sentido a la vida humana. Es un hecho que “el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”². De aquí que los presupuestos con los que nacemos y nos constituyen como persona, tienen una radical estructura amorosa, que aquí denominaremos esponsal.

² Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor Hominis*, 1979, n. 10.

En efecto, de todos los seres de los que tenemos noticia, *solo quien es persona goza del poder de amar*. Únicamente las personas pueden entrelazarse siendo, a la vez, amante, amado y unión de amor. Don de sí, acogida en sí, y unión. Viviendo el amante la vida del amado, como si de la propia se tratase, y correspondiendo el amado a su amante con igual predilección, ambos abren entre sí el ser una sola vida, una historia común, en la que el yo y el tú se trascienden, sin evaporarse ni anularse, en un único nosotros. Ser nuestra unión es un seno de vida, de confianza y compañía íntimas, la cima del amarse. Un milagro, en sentido estricto, porque el ser humano, varón y mujer, que siente en lo más profundo de su corazón la necesidad de amar y ser amado, *no ha inventado el amor, pero sí ha sido invitado a su fiesta*.

El amor será, por tanto, la perspectiva dominante desde la cual estudiaremos a la persona humana, varón y mujer.

El poder de amar supone una determinada manera de ser y un ser muy preciso: el de la persona. No sirve cualquiera. Es imprescindible que el ser humano, varón y mujer, sea sponsal y tridimensional en su misma constitución. En este sentido, el amor es una vía privilegiada para acceder al conocimiento del misterio del hombre.

Nuestra concepción se basa en una antropología realista, inspirada en el humanismo y personalismo cristiano. Evitaremos los idealismos que sustituyen la realidad objetiva por una idea o un sistema de ideas, que fuerza a la realidad humana a ajustarse al sistema. También los prejuicios ideológicos —la mayoría de ellos hijos del idealismo— y que contienen el *a priori* de una voluntad de poder que, de antemano, impone su decisión a la razón y a la experiencia, sustituyendo o negando la realidad, y cuyo propósito y fruto final es un pensamiento único y un comportamiento político “correcto”.

Por el contrario, intentaremos tener abierta la razón al descubrimiento de lo real, al respeto “al ser” y a “la naturaleza de las cosas”, a los datos que sin prejuicios pueden inspirar y ampliar el conocimiento, teniendo muy en cuenta la experiencia vivida por parte de tantas personas que se han propuesto amar, por encima de sus limitaciones y defectos, sin rendirse nunca, y nos ofrecen un testimonio real de vida amorosa lograda.

Amar es la experiencia culminante del ser persona humana. Es nuestro más fiel y profundo retrato. Nos revela a cada ser humano en lo que es, en lo que podría y debería ser, y también en lo que de hecho vive con sus grandezas, limitaciones y miserias. Siendo nuestro más fiel retrato, el amor es tan “misterioso” como es el propio ser humano para sí mismo. Sin embargo, aunque no es fácil amar de veras, es posible y bueno. Todavía más: es bello, inteligente y sabio, libre y gratuito. Siendo así, es razonable afirmar que amar es el gran desafío.

En forma parecida a nuestras carencias al nacer —no sabemos hablar, andar, ni sobrevivir por nuestra propia cuenta—, también el amar se nos presenta, primero, como una necesidad de ser amados, de cariño, afecto y reconocimiento. Una etapa en la que estamos más necesitados de recibir amor que capaces de darlo. De esa necesidad hay que transitar a la puesta a punto de nuestra innata capacidad para dar amor, no solo para recibirlo. La capacidad de amar es signo y componente de la madurez personal. Pero esa maduración requiere tiempo, conocimiento y poda de uno mismo, liberación

de aquel egocentrismo que nos encierra en nuestra propia predilección, apertura sincera y desinteresada a los demás, disposición a corregirse de defectos y errores, adquisición de aquellas *fuerzas* que conocemos con el nombre de generosidad, justicia, prudencia, templanza, humildad, sinceridad, magnanimidad, misericordia... (*virtudes* las llamaron los clásicos por *vis* que en latín significa *fuerza y vigor*).

Paulo de Tarso y Agustín de Hipona, en dos contundentes textos, nos dijeron hace siglos que *el amor es de suyo virtuoso* o no es amor. La fuerza y belleza del capítulo 13 de la Primera Carta de san Pablo a los Corintios está en el contraste que establece, de un lado, entre bienes y cualidades que acostumbran a valorar las culturas y las sociedades humanas, y de otro, la superior excelencia del amor que los sobrepasa a todos hasta el extremo que, si este faltase, el valor del resto se desvanece en la nada. “Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos. Y aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, no sería nada” (1 Cor 13, 1-2) Y, un poco más adelante, añade una descripción extraordinaria del interior del amor: “El amor es paciente, el amor es amable; no es envidioso, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambicioso, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca acaba” (vv. 4-8).

Esta visión del corazón del amor pone de relieve que sus latidos son las virtudes. Es decir, que las virtudes no son elementos externos al amor, que le llueven desde una nube moral; sino, por el contrario, cada virtud es un peculiar bien del don y la acogida –que el mismo amor es– entre los amadores. Esta visión la acoge de pleno san Agustín en su concisa afirmación: la virtud es el orden interno del amor³. En suma: las virtudes y el amar son como las flores y su jardín. El jardín es sus mismas flores, pero en cuanto se “conjuntan en una unidad” armoniosa y bella. El amor es, de suyo, virtuoso; y las virtudes, cada una, son una bondad particular –una flor singular– del don y la acogida entre los amadores. Podemos decirlo de otro modo, sin duda contundente, pero clarificador: si no eres virtuoso con tu amado, no amas bien o simplemente no le amas; y si dicen amarte, pero es amor sin virtudes dentro, no te aman bien o no te aman nada.

El paso de la necesidad a la capacidad de amar requiere *educación*. De necios inexpertos o de vanidosos arrogantes sería pensar que se puede comparecer en la escena del amor sin cultivarse adecuadamente. La educación, por su parte, pide ganas de aprender y el realismo –que es humildad– de reconocernos novatos y aprendices. Pero educarse es, además, saber disfrutar los descubrimientos que nos enriquecen y almacenar los avances que vamos logrando, no dilapidando los esfuerzos que nos han costado. Con otras palabras: *el amar se aprende*. Aprende quien ama amar, no quien lo odia o le amarga. Avanza quien, por amor, gusta educarse y podarse, para ser mejor, porque le complace preferir a los amados más que a sí mismo. El amor se aprende amando.

³ Agustín de Hipona, *De civitate Dei*, XV, 22: “Unde mihi videtur, quod definitio brevis et vera virtutis ordo est amoris”.

No siendo el amor un invento humano, los autores de estas páginas son conscientes de sus “ilimitadas limitaciones”. La persona y el amor desbordan cualquier inteligencia, probablemente más que la magnitud inimaginable del Universo asombra a la astrofísica. Si cada persona es el ser más excelente, el único amado por sí mismo en todo el Universo, parece evidente que nos hallamos ante un horizonte sin horizonte, sobre el cual ningún intelecto humano, si le quedan algunas gotas de sensatez y realismo, puede arrogarse la pretensión de abarcar, cercar, definir y darlo por concluido. Reconociendo con alegre humildad esta desproporción entre la profundidad de la persona amadora y la cortedad de nuestras fuerzas, los autores se han atrevido a explorar movidos por la fascinación y por el servicio.

De la misma forma que aprendemos a vivir viviendo, aprendemos a amar amando. Y ayudarnos unos a otros en tan extraordinaria tarea es servicio y responsabilidad que nos debemos, también, unos a otros. Así lo hemos hecho al escribir estas páginas. Nos han ayudado con su acogida entusiasta, con su inteligente lectura, con sus observaciones y atinadas sugerencias, los Profs. Paul Corcuera, Mariela García, Gloria Huarcaya, Mariella Briceño, Genara Castillo y Renata Coronado, todos ellos del Instituto de Ciencias para la Familia de la Universidad de Piura. Su colaboración, como un equipo bien conjuntado, y sus consejos nos han sido muy importantes. Justo es reconocerlo y agradecerlo.

Si el atrevimiento de los autores al tratar de la persona y del amor proviene de la intención de servicio y, ya de antemano, reconoce sus limitaciones y lagunas, tal vez sea perdonado por los lectores. A fuer de sinceros, añadimos otra confesión: lo que se entrevé al admirar quiénes y qué somos como personas y amadores es tan fascinante, que la tentación de explorarlo nos ha sido irresistible.